

CAPITULO XXI.

(1814.) I. Invasión de la Francia. — II. Disposiciones del mariscal Suchet, antes de abandonar Barcelona. — III. Deserción de Vanhalen. — IV. Una división de doce mil hombres parte del ejército hacia Lyon. — V. Sorpresa por traición de las plazas de Lérida, Mequinenza y Monzon. — VI. Sus guarniciones son hechas prisioneras. — VII. Enviase á Lyon una segunda columna, de diez mil hombres igualmente. — VIII. El ejército se retira hacia Figueras. — IX. El rey Fernando entra en España. — X. Operaciones del ejército del mariscal Soult. — XI. El ejército de Aragon y de Cataluña pasa el Pirineo y vuelve á Francia. — XII. Acontecimientos de Paris; armisticio. — XIII. El duque de Angulema pasa revista al ejército en Narbona. — XIV. Confiase el mando de todo el ejército del Mediodía al mariscal Suchet. — XV. Llegan á Francia las guarniciones que habíamos dejado en España. — XVI. Conclusion.

I. El 1º de enero de 1814 fue un día harto notable, porque en él pasaron el Rhin é invadieron los ejércitos aliados las fronteras todas del imperio, excepto las de los Alpes, que cubria aun á la cabeza del ejército de Italia el príncipe virey Eugenio. El mariscal Suchet vió bien, que en el momento en que la guerra se estableciese en el seno y corazón de la Francia, ni debia esperar

ya género alguno de refuerzos, ni preparar operacion alguna ofensiva. Ni le quedaba ya mas que hacer, ni pensaba tampoco en otro que en salvar las guarniciones, si le era posible, conservar su ejército y contribuir á la defensa del territorio. En fecha del 5 de diciembre, habia escrito ya al ministro de la guerra, que se veia como obligado á aproximarse á Gerona. Porque, todavez que el tratado de Valancey de que tenia conocimiento y la mision del duque de San Carlos le inspirasen aun el hacer un esfuerzo, á fin de prolongar la ocupacion del pais hacia adelante ó mas allá de Barcelona, el riesgo sin embargo de comprometer y de consumir el abastecimiento y acopios de una tan interesante plaza, debia decidirle muy luego á tomar otro partido y á retrogradar. Y para prepararse mas bien á dicho movimiento, escribió á los gobernadores de Tortosa y de Lérida, diciéndoles, que no tardarian en verse libres, fuese ya por efecto de una paz general, ó por socorros poderosos que sin duda recibirian; mas para un caso imprevisto, les indicó una direccion, segun la cual la guarnicion de Tortosa, cuyos víveres debian concluirse en el próximo abril, podria en circunstancias urgentes marchar hacia Lérida, reunirse alli con la de esta plaza, y dirigiéndose rápidamente por las montañas, llegar hasta Venasque y desde este punto á Francia.

II. Para gobernador de la plaza de Barcelona nombró al general Habert, quien había reemplazado ya en dicho destino al conde Maurice Mathieu, despues de la ausencia de este: el mariscal apreciaba justamente las virtudes y carácter del general Habert. Pero con este motivo perdió para su ejército activo un general bien útil, al momento mismo en que por otra parte hacia una pérdida no menos sensible, á saber, la del general Harispe, á quien se le habia llamado hácia los Pirineos Occidentales, en donde como un Basco de una grande influencia, y conociendo ademas perfectamente la guerra de montañas, hubiera podido en circunstancias mas favorables prestar eminentes servicios. El estado en que se encontraba la defensa de Barcelona era harto satisfactorio: sin embargo, el mariscal sentia en el alma el haber de dejar en dicho punto, al partir, como una fuerte division, pues que para haber de dominar dicha plaza y su inmensa poblacion, eran necesarios ocho mil hombres cuando menos. Pero su pesar hubo de aumentarse infinitamente mas, al recibir la orden del ministro, en fecha de 10 de enero, de reunir su caballería sobre la frontera de los Pirineos, y de dirigirla sin la menor tardanza hácia Lyon, con su artillería y la mitad de su infantería, en el momento que llegase á su noticia el efecto que habia producido la mision

del duque de San Carlos. Dichas medidas preparatorias debian principiar, aun en el caso que no ofreciesen un aspecto favorable las negociaciones pendientes con la España, porque dichas disposiciones eran dictadas por la mas imperiosa necesidad.

Nuestras comunicaciones con la Francia eran tan rápidas, que el 16, es decir, seis dias despues, ya pudo el Mariscal recibir en Barcelona estas nuevas órdenes del gobierno, á que contestó el mismo dia anunciando, que iba á dirigir al punto los coraceros hácia la frontera, bajo pretexto de relevar de su servicio á los dragones en el Ampurdan: con este motivo creyó debia renovar la proposicion á que no se habia querido acceder precedentemente, á saber, de no conservar en Barcelona mas que los fuertes, y de traerse consigo, al haber de abandonar dicha plaza, cinco mil hombres mas. Encontrábase á la sazón sin noticias del duque de San Carlos, y ni aun sabia como procurárselas; pero indicaba un medio segun el cual nuestros movimientos no dependerian ya en lo sucesivo del éxito de una negociacion incierta. Era este, el enviar inmediatamente al rey Fernando á Barcelona, y entregándole las plazas, atenerse y referirse á su lealtad en punto al regreso de las guarniciones. Añadia tambien, que si no queria desmembrársele su infantería y llamarle

aun con todas sus fuerzas activas á Lyon, podria obtenerse probablemente un resultado mucho mas ventajoso en aquel punto que quisiera defenderse ó desembarazarse : pero una operacion de esta importancia solo el gobierno pudiera dictarla y ordenarla con conocimiento de causa. El mariscal concluía diciendo al ministro, que en vísperas ya de dejar Barcelona, retardaria sin embargo su movimiento hasta recibir una respuesta, que le fijase sobre la última voluntad del emperador con respecto á dicha plaza.

El mismo dia 16 de enero, y mientras que el mariscal escribia al ministro exponiéndole su situacion, el ejército anglo-español vino á atacarnos sobre el Llobregat, que ocupábamos desde Molins de Rey hasta San Boy y hasta su embocadura en el mar. El general Mesclop rechazó durante algun tiempo los esfuerzos del enemigo sobre la orilla derecha; mas aosedo por fuerzas superiores en el camino real y por el lado de Martorell, hubo de volver á pasar el puente. El general Pannetier que mandaba la division, se estableció en la orilla izquierda con la artillería, en actitud de defensa, mientras que los pequeños fortines, á la cabeza del puente, ocupaban la artilleria enemiga y cubrian el desfiladero. El mariscal hizo marchar ocho batallones de la division Habert, para sostener al

general Pannetier, y aun procuró atraer al enemigo mas acá del Llobregat y cerca de los reductos de San Feliú, mientras que por otra parte hacia avanzar las tropas acampadas en Granollers. Pero el enemigo hubo de ceñirse solo á su ataque de la orilla derecha, y evitó el empeñar una accion formal. Nosotros tuvimos como treinta muertos y cerca de ciento y cincuenta heridos.

III. El 18 hubo de ocurrir en el cuartel general un acontecimiento que inspiró hartas inquietudes por el pronto, y que por desgracia no tardaron en realizarse. Un oficial español, llamado Vanhalen, Belga ú Holandes de origen, y que habia servido en Madrid cerca del rey José desde el principio de la guerra, estaba empleado poco tiempo hacia en el estado mayor del ejército de Cataluña, por orden del duque de Feltre. Dicho oficial desertó de nuestro ejército de improviso. No nos era nuevo este ejemplo, despues sobretodo que viera una cierta clase de gentes se venia ya abajo el partido que abrazaron en un principio; y la cosa apenas hubiera sido notada, si al pasarse á los enemigos dicho oficial, no hubiera intentado llevarse consigo, con órdenes falsas, un destacamento de ciento y cincuenta á doscientos caballos. Por fortuna que el gefe que los mandaba, concibió á tiempo ciertos recelos sobre la traicion, y no

quiso consentir en pasar mas allá de la línea de los puestos avanzados. Vanhalen, pues, desconcertado se escapó solo, caballero en un corcel robado, y dejando en Barcelona algunas deudas harto indecentes.

IV. En fecha de 14 de enero, el ministro de la guerra y el mayor general mandaron positivamente, que marchasen y saliesen en posta hácia Lyon de ocho á diez mil hombres de infantería y las dos terceras partes de la caballería del ejército. El ministro prescribía al mismo tiempo el envío de un equipage ó tren de ochenta piezas *, y terminaba su carta diciendo al mariscal, que estuviese preparado y prevenido á ponerse en marcha él mismo, y á seguir muy pronto á

* «La intencion de S. M. es de emplear, á la defensa de Lyon, el equipage y tren de ochenta piezas de campaña que V. E. ha hecho reunir en Figueras, y no menos los cajones de municiones. En consecuencia escribo y ordeno al general Valée que ponga al momento en marcha dicho equipage, con direccion á Lyon, valiéndose al efecto de caballos de requisicion, y poniéndose de acuerdo con los SS. Prefectos, á quienes envío mis instrucciones relativas al transporte de dicho convoy. Le ha servido de mucha satisfaccion á S. M. el saber, de que gracias al zelo y disposiciones de V. E. como del señor general Valée se haya podido organizar un tren, que en las circunstancias presentes nos es sobremañera útil. Otro servicio no menos importante para el estado y para S. M. ha sido el que V. E. ha presentado, haciendo venir de las plazas de Cataluña veinte mil fusiles á Perpiñan, y yo invito de nuevo á V. E. á activar, por todos los medios posibles, el transporte de los demas fusiles que quedan aun por traer á dicha plaza.» (Carta del ministro de la guerra, de 14 de enero de 1814.)

aquellas tropas con el resto del ejército. El mariscal obedeció al punto, y recordando con este motivo su primera proposicion, insistió de nuevo sobre la necesidad de que se le dijese y especificase que es lo que se queria hiciese de Barcelona. Hizo partir, pues, diez mil ciento y ochenta y tres hombres, de estos, dos mil ciento y treinta y dos de caballería, mandada esta por el general Digeon, y la infantería en tres brigadas, mandadas por los generales Esteve, Gudin y Ordonneau, bajo las órdenes todos del general Pannetier. El mariscal colocó y apostó en escalones el resto de su ejército, á fin de poder operar sin la menor demora segun las órdenes que recibiese, y dirigió hácia Figueras y Perpiñan los inspectores de revistas, las administraciones, la tesorería, los oficiales pagadores, las reservas de artillería, el tren de equipages y todo aquello que pudiese retardar una pronta y rápida marcha. Y calculando aun, que dentro de doce á trece dias podia tener una respuesta de Paris á su carta del 16, se decidió á no salir todavía de Barcelona, y en dicha plaza permaneció hasta el fin del mes: mas se puso en marcha, al fin, el 1º de febrero, y cuando el prolongado silencio del gobierno hubo de privarle de la esperanza que habia conservado hasta entonces. El general Habert que quedó en Barcelona en calidad de gober-

nador, fue al mismo tiempo nombrado comandante de la division de la baja Cataluna, asi como el general Robert lo era de la division del Bajo-Ebro, segun ya hemos visto.

Las tropas que dejamos en las plazas conservaban de este modo la organizacion del ejército activo de operaciones, en términos que en el caso de haber de obrar, una orden del general en gefe que llegase á Barcelona, comunicada que fuese al general Robert, y por este á las plazas mas lejanas, podia ser suficiente para hacer ejecutar un movimiento general de las guarniciones, y para combinar su marcha del modo mas útil y ventajoso. El resto del ejército, reducido de hoy mas á dos divisiones y una reserva de caballería, se concentró en Gerona y sus cercanías.

Hacia ya quince dias que el mariscal residiera en dicha plaza, cuando el 18 de febrero solamente recibió por fin la aprobacion de lo que habia antes solicitado con respecto á Barcelona, y el anuncio ademas de la próxima llegada del rey Fernando *. Con respecto al primer punto, la cosa venia sobrado tarde, porque Barcelona estaba ya bloqueada por el ejército enemigo. Y con respecto al segundo, ó sea la venida del rey, se habia retardado no menos algo mas de

* Véanse las notas y piezas justificativas, número 39.

lo justo, y tal vez el momento favorable habia pasado ya sin remedio. El duque de San Carlos, de regreso desde los primeros dias de febrero, nos habia hecho conocer las dificultades que iba á encontrar Fernando, antes de que pudiese reasumir en sus manos la autoridad. Bien que su presencia, en el momento en que entrase de nuevo en territorio español, podia ejercer un extraordinario influjo en el ánimo del pueblo y de los ejércitos: su deseo no menos de verse enteramente libre debia inclinarse naturalmente á favorecer el cambio de las guarniciones contra las plazas, segun le habia pedido el gobierno frances. Un nuevo contra-tiempo, por desgracia, nos hizo perder algunas de dichas guarniciones, de un modo no menos sensible que imprevisto.

V. El oficial desertor Vanhalen se habia aplicado con esmero á conocer é imitar el carácter de letra, la clave, la firma y el sello de que nosotros nos serviamos en nuestra correspondencia secreta, durante el tiempo que habia permanecido empleado en el estado mayor del ejército. Pertrechado con estos medios de traicion, se dirigió y presentó á los generales españoles, y con el objeto de sincerarse y de lavarse para con ellos de su conducta pasada, les propuso un plan, combinado con harta destreza, y cuyo buen éxito podria ser aun favorecido

por la negociacion que habiamos entablado poco antes relativa á la evacuacion de las plazas. Vanhalen se presentó el 13 de febrero delante de Lérida, cuyo bloqueo formaba la division del baron de Eroles. Vanhalen que habia sido destinado al servicio de nuestro estado mayor, y que llevaba el uniforme de este, se presentó con cartas fingidas del mariscal al general de brigada Isidore Lamarquè, y por las cuales se le ordenaba el evacuar la plaza, entregándola á los Españoles, y dirigirse despues por el camino mas corto hácia las guardias avanzadas del ejército frances, en virtud de una convencion que podia mirarse como el preliminar de la paz general. Todo debia hacer sospechoso á un hombre, que á pesar de venir encargado de una tan importante mision, se negaba á entrar en la plaza: porque la primera garantía que un parlamentario debe ofrecer de su veracidad, es la de confiarse y constituirse en manos de aquellos, cerca de los cuales se le envia. El consejo de defensa de la plaza balanceó y dudó largo tiempo; pero el engaño venció al fin, alucinando hasta á los hombres mas incrédulos. La plaza fue entregada despues de algunas formalidades, estipuladas sin duda para dorar algo mejor la fraude, y la guarnicion se puso en camino trayendo consigo una batería de campaña, y acompañada por la division del general

Eroles, quien se decia encargado de preparar los viveres y de hacer observar y respetar la convencion. Las guarniciones de Mequinenza y de Monzon, que por el pronto se habian negado á adherir á las proposiciones de Vanhalen, no tardaron en seguir el ejemplo y la marcha de la de Lérida*.

* Una circunstancia harto notable hace doblemente interesante la suerte de la guarnicion de Monzon. Este pequeño fuerte estaba ocupado por noventa gendarmes de á pie, por cuatro artilleros y un cabo, tres oficiales, un cirujano y el guarda-ingeniero Saint-Jacques. Estos cien valientes resistieron con una heroica bizarria á tres mil hombres de la tropa de Mina, desde el 27 de setiembre de 1813, hasta el 14 de febrero de 1814. Despues de haber establecido algunas baterías, los sitiadores abrieron y practicaron sucesivamente trece minas, con el objeto de acercarse y de llegar hasta el fuerte. La defensa, pues, consistió principalmente en los trabajos que hubieron de oponerse á las minas, y en este caso, el guarda-ingeniero hubo de ser el director y como el alma de la defensa. No se sabe en efecto cual cosa sea mas digna de admirarse, si la manera con que un empleado de un grado tan subalterno supo grangearse la confianza mas entera de parte de la guarnicion, ó bien la tan juiciosa deferencia que tuvo por sus consejos y luces el comandante del fuerte, ó bien el zelo sin limites con que se sacrificaron y consagraron los gendarmes á cuantos trabajos y faenas reclamara la defensa del fuerte fiado á su custodia. La guarnicion, en su inexperiencia por un tan nuevo género de guerra, no tuvo otro consejero ni guia que un simple guarda-ingeniero: pero animada y electrizada por los rasgos de imaginacion y de valor de este hombre intrepido, emprendió sin balancear y ejecutó toda especie de trabajos, desafió todo género de riesgos, y puso, en fin, en práctica con el mas feliz suceso todos los estratagemas y ardidés de un sitio. Saint-Jacques era un Piemontés, que hacia poco tiempo que hubiera entrado en las tropas de ingenieros en calidad de simple minador, y que apenas habia tenido el tiempo suficiente para aprender la prác-

V. La columna se dirigió por Cervera é Igualada, y en esta última villa, en el silencio de la noche y en medio de la tropa acampada al raso, un gefe de batallon del 42, á quien la inquietud tenia dispierto, llamó á parte á su coronel y al general y les dijo : « No pongan Vmds la menor
 « duda en que nosotros somos víctimas de una
 « traicion ; pero aun podriamos ponernos en
 « salvo, mientras que los Españoles duermen
 « y estan aun como dispersados. Abandonemos
 « la artillería y los bagages ; llamemos y reunamos
 « quedito nuestros soldados, y pongámonos
 « en camino por las montañas, en la direccion
 « de Vich, y de las fronteras de Francia
 « despues. Nuestro regimiento conoce el pais,
 « y cuando habrémos ya ganado cinco ó seis
 « horas de marcha, nadie ni nada podrá ya de-

tica del servicio de minas ; pero habia ya asistido al sitio de Zaragoza. Sin duda que hubieron de serle en extremo útiles los recuerdos que aun conservaba de aquel, y si la defensa de Monzon fue constantemente superior al ataque, debióse sin duda á la diestra sagacidad con que supo sacar el mejor partido posible de aquellos mismos recuerdos y lecciones. Entrarémolos en algunos mas pormenores con respecto á dicha defensa, y que sin duda deberán de parecer bien útiles para los militares, para aquellos jóvenes sobretodo que buscan con ansia la instruccion, tanto teórica como práctica. Ningun otro hecho podria hacerles comprender mas claro y mejor, el como puede llegar á suceder que los acontecimientos de la guerra vengan por fin á llevarlos á hacer un papel en extremo importante, y aun muy superior á menudo á sus funciones y cargos habituales.

Véanse las notas y piezas justificativas, núm. 40.

« tenernos. » El general pareció vacilar, oída esta proposicion ; pero las dificultades de la ejecucion parecieron tener para con él mas fuerza que los motivos todos de una desconfianza, que principiaba ya él mismo á sentir. Determinóse sin embargo á quejarse al general español, con motivo de ciertas voces siniestras y amenazadoras de los habitantes, y del asesinato de algunos soldados ; pero se le dió una respuesta evasiva y propia para engañarle aun mas, y la columna continuó su camino. En la noche faltaron los víveres ; pero se dijo que se distribuirian algo mas adelante. Nuestros soldados, al dia siguiente, mortificados en extremo con el hambre y con la fatiga, llegaron á los desfiladeros de Martorell, y formando sus armas en pavellones, esperaron á que se les repartiessen algunos víveres. Mas al propio tiempo notaron que todo el ejército español coronaba las alturas á derecha é izquierda, mientras que la division Eroles les cortaba é interceptaba el camino á su espalda, y no menos el del frente el ejército ingles, apostado en la direccion de Pallejá. En dicha posicion se les anunció que quedaban prisioneros de guerra, y que habian sido víctimas de un estratagema de guerra. No es por cierto difícil de concebir cual hubo de ser la confusion de los unos y la desesperacion de los otros ; hubo aun algunos que quisieron

aventurar una resistencia inútil. Se le hizo firmar al general una nueva convencion, que se infringió un momento despues bajo un pretexto cualquiera; cosa por cierto no difícil, aunque no menos deshonrosa, tratándose de unos soldados desarmados. Dos mil Franceses, pues, se vieron forzados á ceder y sucumbir á la traicion, á la fuerza y al número, y cuando esperaban sin duda se los condujese á Barcelona, se los dirigió hácia Villafranca. Glorioso con este primer suceso Vanhalen, se habia presentado al minuto á las puertas de Tortosa: pero el general Robert poseía en grado eminente la primera y mas esencial calidad de un gobernador de plaza, que es la prudencia. La mision como el encargado de ella le parecieron muy sospechosos, y en consecuencia propuso una entrevista, que los generales españoles hubieron de mirar sin duda como una prueba harto peligrosa para Vanhalen, quien se alejó del país, so pretexto de ir á continuar su embajada cerca del gobernador de Sagunto. La columna prisionera de Lérida llegó á Villafranca, en medio de las amenazas é injurias de un populacho amotinado, y alli fue encerrada y maltratada de mil maneras, sufriendo en consecuencia privaciones, enfermedades y mil pérdidas, que la redujeron al estado mas deplorable. El mariscal Suchet no pudo menos

de sentir un vivo y profundo dolor, al llegar á saber la triste suerte de estos valientes: se quejó en consecuencia á los generales Copons y Clinton de esta violacion del derecho de gentes y de la guerra, é hizo todos sus esfuerzos, bien que en vano, para obtener el cange de los Franceses retenidos en Villafranca.

Entabló poco despues, por orden del ministro, una nueva negociacion con el general Copons, con respecto á todas las plazas, exceptuando solo Figueras, y en consecuencia el brigadier Cabanes, su gefe de estado mayor, se abocó y tuvo una entrevista con el nuestro. Pero una negociacion cualquiera exige imperiosamente el ser apoyada, y el mariscal por el contrario veia con dolor que se le privaba todos los dias de aquellos medios que le hubieran puesto en el caso de sostener una cierta actitud, necesaria para el mejor éxito de aquella.

En los primeros dias de marzo se le comunicó de nuevo la orden de destacar hácia Lyon una segunda columna de diez mil hombres: ya no se trataba de enviarle á el mismo con el resto de su ejército, y solo se le decia, que con su nombre, y reuniendo todas las fuerzas que le quedaban y cuantas estuviesen mas á la mano, y dándoles la direccion que mejor le pareciere, habria hecho bastante, si lograba detener durante algun tiempo al enemigo que tenia á su

frente. Estas órdenes llegaron á manos del mariscal el 7 de marzo, y al dia siguiente 8, ya se hallaba reunida en Figueras una columna de nueve mil, seiscientos y sesenta y un hombres, que se puso al momento en marcha, bajo las órdenes del general Beurmann.

VI. Y en extremo desconsolado al ver el estado de impotencia á que se le habia reducido, dirigió hácia Figueras los restos del ejército de Aragon y de Cataluña, despues de haber evacuado y mandado volar diferentes puestos fortificados, por ejemplo, Besalú, Olot, Bascara, Palamos, etc., y dejando á los Españoles enteramente desmantelada Gerona. Pero á medida que se iba alejando mas y mas de Barcelona y de las demas plazas, iba perdiendo no menos la esperanza de poder algun dia libertar sus guarniciones. Una sola esperanza le quedaba aun sin embargo: el rey Fernando acababa de recibir sus pasaportes, por órden del emperador, y debia dirigirse desde Valancey al ejército del mariscal Suchet. Podíamos aun lisongearnos de que su presencia daria un sesgo favorable al negocio, y que la sola intervencion de su nombre allanaria todas las dificultades. Pero con respecto á esto, ni aun el ministro mismo tenia una gran confianza, porque mandaba el que se enviase al príncipe á *Barcelona*, y que se le hiciese la entrega de las plazas, pero recomen-

dando al mismo tiempo el que se tomasen las debidas *precauciones* y *seguridades* con respecto al regreso de las guarniciones: restriccion que colocaba al mariscal en una posicion sobrado delicada, porque debia antes de todo tratar de grangearse la benevolencia del príncipe, á fin de lograr de este todo lo que le fuese posible acordar*.

VII. El señor Don Fernando llegó á Perpignan el 19 de marzo, con su tío y su hermano, los Infantes Don Carlos y Don Antonio: el rey recibió al mariscal con distincion, le habló con elogio de sus campañas, y aun se adelantó hasta darle las gracias por el modo con que habia hecho la guerra á sus pueblos. Una tan buena acogida confirmó las esperanzas que habia hecho concebir el carácter leal y conciliativo del duque de San Carlos. El mariscal trató con él de la entrega de las plazas: pero el duque habia visto de cerca en que disposicion se hallaban las Córtes con respecto á la nueva entrada del rey Fernando, y sabia ademas, que fuese por miedo, ó bien por propia opinion, los generales no reconocieran su autoridad mientras no se les diese la señal desde Madrid, y en una situacion de esta naturaleza, era por cierto bien di-

* Correspondencia ministerial, del 3, 4 y 6 de marzo: Véanse las notas y piezas justificativas, núm. 41.